

# Travesía histórica

## de nuestra Universidad (\*)

**Manuel José SIERRA**

Rendimos fervoroso agradecimiento a quienes se han dignado acompañarnos en esta hora solemne de clausura de estudios; es una nueva recompensa y un agasajo más al mérito de los estudiantes, así como una voz de aplauso al Establecimiento.

El no haber cambiado de estructura material ni de sitio en tres años de luchada vida, no significa estancamiento; ha adquirido fisonomía propia y modalidad de superación.

En este conglomerado que aquí veis, palpita vida de sana inquietud, asoma un alma nueva, surge un espíritu de engrandecimiento y se agita una generación de hombres. Sus grandes valores religiosos, morales, científicos, sociales y de cultura, signos de una labor fecunda y gloriosa, presagian grandeza en el porvenir, libertad en el orden, y respetuosa independencia.

No andamos en desacuerdo con la naturaleza de las cosas, ni estamos distanciados de la historia; los grandes acontecimientos de los siglos han sido el resultado de transformaciones lentas y constantes; aún estamos en el período de formación espontánea, natural y sólida; el vuelco ha de ser completo y de firmeza y estabilidad absolutas.

Engendros monstruosos brotan de las pasiones y de la fantasía; al contrario, la reflexión y la elevación espiritual producen lo grande, noble y poderoso. Aquí llegó la aspiración hacia ideales de orden, de trabajo, de ciencia y de engrandecimiento. Abiertas las puertas de la Universidad, entró y moró en ella como huésped de honor. Los arrojados aspirantes la llamaron Universidad Bolivariana; pero Vos, Excmo. Señor, con inspirado acierto, ordenasteis que se denomi-

(\*) Oración pronunciada en la solemne clausura de estudios del año universitario 1939.

nara: Universidad Católica Bolivariana. Era preciso que al ideal científico y patriótico se uniera el religioso, para que sobre el dualismo de una vergonzante y cobarde mimesis se alzara la trinidad de gloriosos nombres y sublimes ideales.

La Universidad Católica Bolivariana es un símbolo: Jesucristo lleva en sus brazos extendidos sobre la Cruz, el *universitas rerum* y la patria. El mayor orgullo de nuestros alumnos ha de consistir en ser católicos, amantes de la ciencia y decididos defensores de la Patria.

Intencionadamente esperamos hasta este tercer año para hablar de los grandes propósitos de la Universidad en los diversos campos de la actividad ideológica, porque queríamos acompañar las palabras de hechos: hoy éstos son patentes hasta para los ciegos; si al enunciarlos aún queda duda, ellos la desvanecerán.

Durante tres siglos la humanidad ha estado bajo el influjo de una corriente filosófica, diversamente matizada, la cual no sólo ha socavado todo fundamento sino que ha destruído las relaciones necesarias de los seres con Dios, con los hombres y entre sí. El naturalismo fue un esfuerzo contra órdenes existentes y viejas tradiciones, tanto científicas como religiosas. Desde tiempos medioevales hasta el siglo XVI y parte del siglo XVII, la Teología señaló el progreso de las ciencias sobrenaturales sobre las ciencias naturales y venció a la Física. Después de mil inconformidades de la inquieta razón, surgió el Protestantismo como sistema religioso y filosófico que se desvió hacia el racionalismo; luego vinieron el Kantismo y Postkantismo y sistematizaron la corriente, pero en una forma abigarrada y extravagante que hizo que la ciencia perdiera la fe en la inteligencia, esclava entonces de las más opuestas tendencias y víctima de la duda, de la negación y del agnosticismo. Tal oportunidad la aprovecharon Spencer y Augusto Comte, quienes establecieron el contraste entre el progreso de lo natural y el abandono de lo sobrenatural, cuya finalidad debía ser el triunfo de la física sobre la Teología. Para lograrlo se valieron de un método sencillo y fácil: de los hechos como único objeto de observación, de las leyes deducidas de los hechos, de los conocimientos científicos y ciertos, basados en la observación y la experiencia; y de la ciencia cuyo ámbito de acción no podría sobrepasar las realidades sensibles. De este modo, al mismo tiempo que se encerraron en el mundo exterior e interior como en recintos cerrados para verlo, examinarlo y juzgarlo todo a la luz de una misma antorcha, mecanizaron las cosas e invadieron todas las esferas de la actividad, desde la puramente biológica, educativa y literaria hasta la filosófica, económica, social y religiosa. La conquista era completa.

Efectivamente, primero se redujo la complejidad de lo real a la simplicidad de los fenómenos aparentes y se subordinó todo a una causalidad puramente relativa, con exclusión de todos los valores finales, omisión de toda realidad espiritual autónoma, supresión de toda vida extraterrena, negación de toda libertad en la sucesión inflexible de la cadena mecánica de los hechos. Fue este el imperio del materialismo en todos los ámbitos del saber humano, extendido a los textos de estudio, a las enseñanzas de la cátedra y al obrar; la víctima fue la juventud estudiosa.

Después, sacrificada la metafísica, quedó relegada al campo de la fantasía; y mutilada la inteligencia del hombre a la que juzgaron ineficaz para leer en lo íntimo de las cosas, sobrevino la ruina de las ciencias del espíritu. Se vio el espectáculo del florecimiento de las ciencias del mundo exterior y la decadencia lamentable de las ciencias del mundo interior.

No pára aquí su obra. Habitado a la observación, y desconectado del razonamiento, considera que la vida es una modalidad de la materia, y el alma, si la hay, un fenómeno de la sensibilidad; una y otra sin diferencia específica del mundo material. Se crea la paradoja de una Psicología sin alma, como antes se estableciera una ciencia de la vida sin vida, la Biología. Darwin fue el precursor, Haeckel el autor, y Freud el sucesor. La naturaleza humana no es ya un espíritu con anhelos de ascensión, sino una manifestación de las múltiples transformaciones a que está sujeta, con miras al embellecimiento. Fue el triunfo de la Eugenesia, ciencia del cuerpo humano, sobre la Psicología. El hombre, sin el apoyo seguro de una vida interior, frente a una vida exterior inflexible, cada vez más totalitariamente sistematizada, queda, por una parte, desorientado, interior y moralmente, mientras por otra, es liberto de su libertad interior anárquica, y esclavo de un mundo exterior mecanizado.

Todavía el naturalismo pedagógico avanzó más: deformó la conciencia del niño y dejó al adolescente sin preparación alguna para los embates en la época de transición; individualizó la educación con la adopción de métodos los más avanzados y absurdos; contrarrestó los progresos pedagógicos con el retroceso que supone la falsa concepción de la vida; y por último, desembocó a un simple *solidarismo*, sin solidez suficiente para dar a las conciencias el fundamento ético necesario en las crisis de las pasiones humanas.

También se apoderó de las humanidades, de la literatura y de la sociedad; no para conservarlas o elevarlas, sino para aniquilarlas, convirtiendo al hombre en idólatra de la máquina y del laboratorio, esclavo de la sociedad y súbdito del conocimiento científico. ¡Nueva

forma de barbarie! Porque abandonado el depósito que conserva en sí la historia de las ideas más altas que la humanidad ha atesorado, y aislada una época histórica de otras, y rotas las relaciones entre los fundamentos y los valores; reducida la literatura a la fría expresión de los hechos, y convertida la sociedad en fin de los individuos, el joven ya no encontraría esos horizontes magníficos y ejemplos vivientes en donde pueda formar su propio ideal; ya no hallaría aquellos tipos completos de vida a cuyo reflejo pueda elegir el propio; y suprimida la idea libre, condenada la fantasía, sometida la belleza a la ciencia, el arte literario sólo es un arma social, el hombre un autómatas y la naturaleza un déspota. Ni siquiera quedaría la sociedad como ambiente de expansión, porque el individualismo burgués es sustituido por el individualismo proletario que deifica a la sociedad; según el *leninismo* no hay derechos sobre la masa. Término lógico de esta evolución y expresión integral es el *comunismo*; la suprema barbarie, el desconocimiento de derechos elementales y la negación de las ideas más esenciales, en nombre de una ciencia que no sabe y de un derecho que es la violación de todo derecho.

Nuestro medio, esencial y tradicionalmente católico, no ha estado exento de la influencia naturalista. La juventud colombiana, aquí y en el resto del país, ha mucho tiempo que viene considerando el estudio de la Religión como cosa inútil; no es raro el caso de alumnos que tratan con juicio seguro cosas de ciencia y arte, y de las verdades de la fe sólo tienen ideas confusas, incompletas o falsas, tomadas de acá y de allá, en periódicos y novelas. La ignorancia religiosa ha invadido a las masas populares y también, si no más, a las clases educadas y altas.

Ha sido descuidado el estudio de las Humanidades; el conjunto de la cultura grecolatina, su lengua, su literatura, sus artes y su historia, apenas si han merecido de los estudiantes un esfuerzo sintético, adecuado para llenar un pênsum, mas no para servir de medio para la educación o formación espiritual de la juventud distinguida y culta. Al Griego y al Latín se les ha tratado como legados de un pasado caduco, que podía guardarse en los seminarios y abrillantar las cabezas de los clérigos. La Iglesia, depositaria siempre de los preciosos tesoros de la antigüedad, ha ordenado a sus sacerdotes el estudio cuidadoso del Latín y del Griego, y élla y ellos han recogido el guante que no pueden llevar los bárbaros!

La Filosofía, la metafísica en particular, laboratorio de la razón, si no ha sido asqueada, ha quedado reducida a un infeliz vademecum, libreta de crédito que cancela el estudiante el día de examen. Eso no es filosofía, ni cosa parecida! En los últimos tiempos se la ha reempla-

zado con el autor del cisma rei et intellectus de que hablaba León Daudet; con el asesino de la metafísica y fundador de la moral laica, con Kant. ¡Qué contradicciones las de los hombres!. Santo Tomás y la filosofía católica son rechazados por incomprensibles, por inútiles; y en cambio, Kant, la Crítica de la Razón Pura, y de la razón práctica, verdaderos embrollos, ansiados como veneros de doctrina! Con razón decía Daudet: Antes de Kant había un cuarto en cuya puerta se leía: metafísica, y se podía entrar. A partir de Kant y sus discípulos, al cuarto se le arrancó la puerta para amurallarlo, y todavía se pregunta si se puede entrar.

La eugenesia, el pansexualismo, la economía de la historia, el racismo, el comunismo y todos los *ismos*, han creado el vasallaje total del hombre al Estado, pecado e idolatría que paga la humanidad con la más grande de las calamidades sociales, la guerra.

Por último, nadie puede negar los avances de la pedagogía; por supuesto no de una pedagogía nacional; en un siglo de independencia nada propio se ha hecho si no es atiborrar la mente del pedagogo con la lectura y estudio de pedagogías exóticas, con la creación de centros de información que llamaremos de inflazón, y multiplicación de liceos; “y cuanto más se nos habla de que la escuela nueva, la escuela activa, la escuela funcional, han sido las que han revolucionado toda la pedagogía moderna, el resultado es que vemos crecer la desorientación educativa de la juventud, la multiplicidad de las ideas contradictorias, la proliferación de la más extraña flora de pasiones refinadas, que señalan en general las épocas de decadencia de las civilizaciones” (Tristán de Atahyde).

Contra estas cosas, apenas bosquejadas, renovaremos y revolucionaremos enérgicamente. No será, pues, nuestra Universidad la corriente tranquila del río. Pensamos que debe formar época, Dios mediante, con cada una de sus escuelas.

Somos seres desequilibrados; nuestra voluntad es más propensa al mal que el entendimiento al error; nuestras fuerzas morales no son proporcionadas a la visión intelectual; por consiguiente, la primera labor del educador ha de consistir en reforzar la voluntad, nervio de la vida y resorte de todas las facultades; pues, nervio afectado de neurosis y resorte un poco flojo, fácilmente pasa de la debilidad a la irritación y de la pereza al desorden. Son debilidades inherentes a la humana naturaleza, a las cuales debemos oponer la conciencia del deber, el trabajo y la disciplina.

Siendo la voluntad una potencia diversamente quebrantada, debe ser objeto de preferente atención, de dirección intelectual y de acomodación a una regla interior que toque el fondo del sér y nos

haga señores de nuestras almas. Ninguna norma más segura y más universal que la conciencia del deber. Abarca la mayor porción de la existencia; en todos los instantes actúa, y en todas las edades y condiciones; es freno de la acción y antorcha del camino. Se funda en principios de orden humano y divino; la razón muestra móviles de gratitud y utilidad propia, de honradez y de honor; la gracia inspira rectitud y elevación.

La fuerza misteriosa de cohesión, de orden y de eficacia en las instituciones católicas está en la conciencia y en la disciplina, estrechamente aliadas. Mientras la primera está en nosotros y con nosotros, siempre y en todo lugar, obligando a hacer el bien, la segunda sólo se impone en algunos lugares y en poco tiempo para ayudar a la primera a evitar el mal, algún mal exterior y pequeño. La disciplina sola, forma cuarteles y tiene esclavos que obedecen por temor; la conciencia y la disciplina constituyen hogares familiares en que los hijos de Dios son obedientes al padre. Cuanto más haga la conciencia, tanto menos que hacer tendrá la disciplina. Justamente decía el gran orador Donoso Cortés "cuanto más fuerte es en una sociedad el freno moral o interior, tanto menos necesidad tiene de serlo el disciplinario o exterior". Esta es la médula de nuestro espíritu bolivariano. Formalmente os invito a visitar estos claustros en los días de las tareas escolares para que observéis una familia ejemplar que por convicción y por deber trabaja inclinada sobre el libro.

Sí, el trabajo es la gloriosa tarea en que viven empeñados educandos y educadores, por medio de noble y santa emulación. Unos y otros, son obreros de la vida, en grado harto desiguales, para ganar contra la pereza del cuerpo, de la inteligencia y de la voluntad, la victoria que los purifica y engrandece. La corona de la inteligencia sólo la ciñe quien estudia con constancia y atención. Quienes por cobardía rehusan ser servidores del libro y de la enseñanza, su primer castigo es ser esclavos de la negligencia, cabezas vacías, corazones abatidos, almas desorientadas. Para ser algo es necesario tener cierto valer personal, y para esto no hay más que un camino: el trabajo. ¡El que nada hace, nunca es nada!. El ochenta y cinco por ciento de nuestros alumnos responden de la verdad afirmada; vencieron sin complacencias ni privilegios en torneos justos y severos.

También necesitamos que las humanidades recobren su poder formativo y orientador, así como la ciencia debe alcanzar su verdadero valor. La filosofía, en particular la metafísica, y la Religión, ocuparán el puesto que les corresponde, y del cual han sido despiadadamente desalojadas.

“La vida, dice García Morente, es vida ascendente, o es vida descendente. Quieta no está nunca; es movimiento y dinamismo por esencia. El estudio y cultivo de las Humanidades es lo único que podrá devolvernos una visión real de la vida ascendente; nos enseñarán que tanto la ciencia como la técnica tienen su valor exclusivamente, cuando se ponen al servicio de un ideal de vida, de un tipo de ser humano hacia el cual quisiéramos ascender en un esfuerzo continuado”. No es que pretendamos excluir las letras modernas, sino que “no se concibe cultura general, conocimiento fundamental, posibilidad de avanzar, sin las Humanidades”; la enseñanza de las Humanidades colombianas, francesas, alemanas, inglesas y españolas parece imposible sin una enseñanza previa de las humanidades grecolatinas. No son palabras mías, habla el gran León Daudet en defensa de las Humanidades grecolatinas. Son no sólo el mejor asidero del juicio de los jóvenes, sino su depurativo más eficaz, por cuanto los conducen al conocimiento de las raíces del lenguaje.

El naturalismo trazó seis líneas, caminos del número, de la dimensión y de la extensión abstracta; de los movimientos de los cuerpos y de su extensión determinada; de las leyes generales que rigen la materia; de las afinidades de los cuerpos y de sus elementos moleculares; de los seres vivientes y del hombre social. Las llamó matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología; cerró con ellas el estrecho recinto que encierra a la nueva ciencia y a sus elementos. Cuanto es posible saber está encerrado en el círculo descrito por los contornos de esas seis ciencias, y esa es la esfera exclusiva en que la ciencia está llamada a moverse en el porvenir. Dejaba así formulado un nuevo concepto de la ciencia y una nueva orientación, que sedujo a muchos maestros y alumnos. Juzgaron entonces que más allá y más arriba de este mundo en que el entendimiento encuentra todo lo que pueda saber, las miradas del sabio no descubren sino regiones imaginarias, que se llaman, unas veces teología, otras metafísica, ya psicología, ya moral, y que son como esos cielos fantásticos que la ignorancia de la astronomía creó y en cuya creencia mantuvo por largo tiempo a los pueblos en su infancia. De este modo nada hay que mire hacia lo alto, nada que encamine hacia el cielo; todo es terreno y todo se arrastra por el suelo. Ya no hay nada que eleve; ni Dios, ni alma, ni lo ideal, ni lo absoluto, ni lo inmortal, ni lo infinito. Cautiva, humillada y desheredada está la humanidad; fijos los ojos en el suelo, con el compás en una mano y la balanza en la otra, mide la extensión y pesa la materia; encerrada para siempre en el círculo fatal de lo efímero, se rebaja y cae en nombre del progreso humano, en una esfera inferior al hombre mismo.

No es posible tolerar más semejante ignominia. A ello se opone la barrera del cristianismo y de la dignidad humana. No tocará con su pie el pórtico de este templo. La ciencia, a la que pretendían encerrar en un círculo inflexible, y juntamente con élla al espíritu humano, continuará engrandeciéndose y elevándose. Cómo y de qué modo?. Sumando a los hechos observados directamente y experimentables, los hechos del pensamiento que conoce y percibe lo invisible; los hechos de la inteligencia que afirma lo absoluto; los hechos de la conciencia que llevan impreso el sello de la ley moral, hechos todos palpables, que nada tienen de quiméricos ni de imaginarios.

La ciencia se elevará y engrandecerá llevando sobre sí la moral, la psicología, la metafísica y la Religión, como la cúpula sublime que corona el edificio.

En la escuela de Bachillerato la ciencia aparecerá pura, firme e inmutable. Pura, porque vive de lo absoluto, se sostiene y mueve por lo absoluto; firme, por los puntos de contacto necesarios que tienen las matemáticas con la metafísica; inmutable, porque no son su base los hechos variables, sino las relaciones necesarias que unen a los principios evidentes las conclusiones ciertas.

En la escuela de Química Industrial, pese a quienes dudan de su eficaz desarrollo y éxito, los alumnos analizan los cuerpos, calculan su peso, su extensión y su movimiento, pero la verdad matemática no está en ellos sino en la metafísica, base eterna, fondo divino, con que las ciencias se enlazan con el mismo Dios.

En la Facultad de Derecho, escuela de leyes, principios y razonamientos, partirá el pensamiento de aquéllos y evolucionará por éstos hasta llegar a la autoridad sobrenatural y a la justicia social, que atiende al bienestar del obrero por el superestar del señor.

En una palabra, la arquitectura de la Universidad tiene en su base lo absoluto para que todo descansa sobre él; en el centro el alma humana para engrandecerlo todo, y en la cúspide la idea de Dios para iluminarlo todo! Es preciso que la estatua de lo absoluto que echa por tierra la mano izquierda, la levante de nuevo la mano derecha y que sea adorada como una faz de Dios, aun cuando otros la maldigan como un espectro de la nada.

Señores: La ciencia vale por la esencia; la ciencia condensada en fórmulas y orientada hacia el practicismo, pierde hasta el nombre y se vuelve empírica. Trabajaremos por la restauración de su imperial señorío. Unida a la Fe religiosa es el faro de la verdad. Ciencia y fe es nuestro lema.